

Retórica, diálogo y argumentación

Mauricio Beuchot

En este artículo se pretende ubicar el papel de la retórica —entendida al modo de algunos nuevos teóricos, como Perelman y Johnstone— dentro de la argumentación filosófica, al lado de la lógica formal. Los recientes estudios acerca de la argumentación muestran que ésta no se da en el vacío, sino dentro de un contexto de diálogo, con un interlocutor o una audiencia determinadas. Por ello tienen que intervenir numerosas consideraciones pragmáticas, muchas de las cuales corresponden a lo que ahora ofrece la retórica, en su parte argumentativa y no tanto psicagógica o de persuasión por el ornato. Eso coloca a la retórica como argumentación que alude al hombre total, compuesto por lo intelectual y lo emotivo.

La retórica como instrumento argumentativo

Por bastantes malhadados ejemplos, se ha llegado a considerar a la retórica como un ejercicio de engaño y de demagogia. No era así al principio. Si bien los griegos, al enseñar la retórica, no se cuidaban de que sirviera para defender la verdad —podía igualmente servir para defender lo falso, o simplemente para ganar la disputa—, la veían como una exigencia de rigor lógico en la medida que lo permitían las cosas a las que se aplicaba, con la sola intención de convencer al interlocutor o a los oyentes de que el asunto tratado era verosímil. Además, Platón y Aristóteles —en contra de los sofistas— la veían como supeditada a la ética y a la política, es decir, tenía que estar al servicio de la manifestación del bien de la ciudad.

Trataremos de seguir algunas líneas expositivas de autores que consideran de esta manera (como disciplina argumentativa) la retórica. De la tradición clásica, hemos elegido a Aristóteles y Boecio; de la reflexión moderna, hemos seleccionado a Perelman y Johnstone.

La naturaleza argumentativa de la retórica

Aristóteles, en su *Retórica*, se preocupa por definir la naturaleza de esta disci-

plina. Lo primero que llama la atención del tratamiento aristotélico de la retórica es que esta ciencia es vista como perteneciente a la teoría de la argumentación, a la lógica, como una prolongación y aplicación suya. No es un arte supeditado sólo a la voluntad, sino también concernido con el intelecto humano. Aludiendo a ambos llegará a persuadir al hombre del bien de la ciudad.

Esta persuasión se efectúa primordialmente tocando al intelecto, por la argumentación; el movimiento de las emociones viene a ser sólo el refuerzo del trabajo discursivo. Esta es la característica más sobresaliente del planteamiento aristotélico: los anteriores tratadistas no ponían tan de relieve el papel de la argumentación racional en la retórica con relación al movimiento de las aficciones o pasiones; Aristóteles da al raciocinio en la retórica el papel de comandar a los sentimientos.

Por eso el Estagirita relaciona a la retórica con la dialéctica, pues la retórica es, al igual que la segunda, una clase de la argumentación: ¹ «Puesto que es evidente que el método artístico se refiere a los argumentos y que el argumento es una cierta demostración —pues entonces damos realmente fe a las cosas, cuando nos convencemos de que algo está demostrado—, la demostración retórica es un entimema —y éste es, por así decirlo, el más fuerte de los motivos de credibilidad—, y el entimema es una especie de silogismo —y sobre el silogismo de cualquier clase es propio que trate la dialéctica, o toda entera o alguna parte de ella—, es evidente que el que mejor puede considerar esto, de qué premisas procede el silogismo y cómo se forma, éste puede ser hábil razonador, al comprender sobre qué cosas versa el entimema y qué diferencias encierra respecto de los silogismos lógicos; pues es propio de la misma potencia comprender lo verdadero y lo verosímil, pues los hombres son por igual, según su naturaleza, suficientemente capaces de verdad y la mayoría de alcanzar la verdad; por eso, poseer el hábito de la comprensión penetrante de lo verosímil es propio del que también lo tiene frente a la verdad.»

Muy claro se ve, pues, que la retórica es un tipo de argumentación, que se vale sobre todo del entimema, que es el silogismo breve; abreviado, o que suprime alguna de las premisas, a fin de dar razones más rápidamente acerca de las cosas en discusión. Y, aunque no se busca la verdad evidente, como se hacía en los *Analíticos*, se busca con todo lo verosímil, que es lo verdadero para la opinión de los demás, lo que puede ser aceptado plausiblemente como teniendo visos de verdad. Además, a diferencia de la dialéctica o *tópica*, en la retórica se añade como un aditamento importantísimo la alusión a las emociones para dar mayor fuerza a la persuasión.

De acuerdo con ello, Aristóteles define a la retórica así: «Sea, pues, la retórica, la facultad de discernir en cada circunstancia lo admisiblemente creíble» ². Su objetivo es la persuasión, y por ello estudia los medios por los cuales ésta

¹ Ver ARISTÓTELES, *Retórica*, I, 1, *passim*.

² *Ibid.*, I, 2, 1355, b 29.

puede conseguirse. Medios que son tanto intelectivos como emotivos, aluden a la totalidad del hombre, a sus dos aspectos de razón y emoción.

Y la argumentación en la retórica puede desarrollarse según diversos tipos de argumento. Con todo, hay que delimitar y preferir los que son más propios de ella. Por eso Aristóteles habla de argumentos extrínsecos al arte (como los testigos, la tortura y otros medios de esta suerte), que son los impropios, y de argumentos intrínsecos al arte (como los entimemas y otros modos semejantes de razonamiento y de mover los afectos) y son los propios de la retórica.

Pues bien, los argumentos intrínsecos al arte son de tres clases: (a) unos radican en el carácter del que habla, (b) otros radican en provocar al oyente cierto estado de ánimo, y (c) otros radican en provocar al oyente cierto estado de ánimo, y (c) otros radican en el discurso, según lo que significa o lo que parece significar. A los argumentos de los tipos (a) y (b) se les llama «psicagógicos», siendo la *psicagogia* el arte de mover los efectos, y proceden con fundamentos y medios psicológicos. En cambio, los del tipo (c) son los propiamente racionales, entimemáticos o silogísticos; en todo caso, lógicos. Y hay que conjuntar lo lógico con lo psicológico en la retórica, según lo dice Aristóteles: ³ «Puesto que los motivos de credibilidad se dan por medio de lo persuasivo, es evidente que sabe manejar estos argumentos el que sabe razonar lógicamente y el que es capaz de observar los caracteres y las virtudes, y en tercer lugar el que puede observar lo que toca a las pasiones, qué es cada una de ellas y qué tal, y de qué cosas se origina y cómo; de manera que la retórica viene a ser como algo que ha crecido junto a la dialéctica y al estudio de las costumbres o caracteres, al cual es justo denominar política. Por eso también se encubre la retórica bajo la figura de la política y también los que hacen valer sus derechos sobre ella, ya por ineducación, ya por jactancia, o también por otras causas humanas; pues es, sí, una parte de la dialéctica y semejante a ella, como decíamos al comenzar; pues ninguna de las dos es ciencia cuyo objeto sea, como es, algo determinado, sino como ciertas facultades de procurar razones.»

Los medios persuasivos que se ponen al alcance de la retórica en la dimensión racionativa o lógica depende de la dialéctica. Según ésta, son de dos clases principales: inducción (*epagogé*) y deducción (*sylogismós*). La dialéctica misma enseña que la inducción abreviada es el paradigma o ejemplo, al modo como la deducción abreviada o silogismo abreviado es el entemema. El Estagirita, por eso, llega a decir: «Llamo *entimema* al silogismo retórico, y *paradigma* a la inducción retórica». ⁴ Y tanto las inducciones como las deducciones retóricas (i.e. *paradigmas* y *entimemas*) se construyen siguiendo ciertas reglas argumentativas que proporciona la misma retórica, que son los tópicos o lugares comunes. Por eso agrega Aristóteles: ⁵ «Digo, pues, que son silogismos dialécticos y retóricos aquellos de quienes

³ *Ibid.*, Ver ALFONSO REYES, *La antigua retórica*, en el mismo, *Obras completas*, México: FCE, vol. XIII, 1961, pp. 375 ss.

⁴ ARISTÓTELES, *Retórica*, I, 2, 1356 b 3.

⁵ *Ibid.*, I, 2, 1357 a 4.

formulamos los tópicos; estos tópicos son conceptos comunes sobre cuestiones de derecho y física, sobre cuestiones de política y de muchas ciencias que difieren en especie, como el tópico del más y del menos.»

El que más se preocupó de estudiar los tópicos de la retórica fue Boecio, que se encargó de reunir diferentes clasificaciones de los mismos que se habían llegado a hacer hasta su tiempo. Debido a ello es aleccionante concederle nuestra atención de modo más específico.

Los tópicos retóricos como matrices de argumentos

Boecio se dedica al estudio ferviente de los lugares argumentativos de la retórica en su libro *De topicis differentiis*⁶. Ya que la retórica tiene como finalidad persuadir de que algo es verosímil, tiene que ofrecer argumentos que convenzan a la razón y al afecto. Para ello se plantean cuestiones retóricas, que son los asuntos que se han de tratar. Pueden ser sobre el discurso de alguien (i.e. sobre textos hablados o escritos), en las que se trata sobre el significado de las palabras, o la intención del autor, o sobre las leyes que se oponen, o sobre definiciones.⁷ O pueden ser sobre cosas —no sobre textos, documentos o discursos—, i.e. si la cosa es, qué es y cómo es. Y esto tanto en cuestiones jurídicas como en cuestiones de negocios. En todos estos casos se requiere que el orador sepa cómo inventar o descubrir los argumentos pertinentes.

Pero la invención oratoria o el descubrimiento de argumentos retóricos requiere de los tópicos, que son justamente los apoyos y los esquemas de los argumentos. A ellos acude el orador cuando necesita dar cualquier argumento en una discusión que siga las normas del arte, que sea conducida con la exigencia de rigor permisible en estos asuntos. Pues bien, para Boecio los tópicos retóricos deben surgir de los atributos de la persona y de la acción. La persona es la que efectuó el suceso o el discurso por el que se ataca o defiende. La acción es el suceso o discurso que se ataca o defiende, i.e. que se pone en cuestión. Así, los argumentos han de tomarse de los atributos que pueden convenir a las personas y a las acciones en cuestión. Y tales atributos son las circunstancias, esto, es, los accidentes que inhieren a la substancia del hecho⁸. Tales circunstancias son el *quién*, el *qué* y el *cuándo*. Los atributos o circunstancias relativas al *quién* son: nombre, naturaleza, modo de vida, fortuna, estudios, suerte, sentimientos, disposición, propósitos, hechos y palabras; los relativos al *qué*, son: la consumación del hecho, lo que va antes del hecho, durante el hecho y después del hecho; los relativos al *cuándo*, son: el tiempo y la oportunidad⁹.

⁶ Boecio, *De differentiis topicis*, en J. P. Migne, *Patrologia Latina*, t. 64. París, 1847; hay además traducción inglesa de E. Stump, Ithaca and London: Cornell University Press, 1978. Citaremos la edición latina de Migne.

⁷ Boecio, *op. cit.*, 1209 ab.

⁸ *Ibid.*, 1212 c.

⁹ *Ibid.*, 1213 b.

En cuanto a la generación de los tópicos, Boecio aclara que los atributos de la persona y de la acción dan tópicos retóricos que son como los tópicos dialécticos, —siguiendo a Temistio— se denominan «tópicos que inhieren en la cosa en cuestión», i.e. como los tópicos intrínsecos (y por eso hay tópicos retóricos del lugar, del tiempo, etc.). Los otros atributos que están conectados con la acción o se siguen de ella son en parte como los tópicos intrínsecos, en parte como los extrínsecos y en parte como los intermedios (Boecio prefiere esta división de Temistio, aunque la compara con la de Cicerón).

Surgen tópicos intrínsecos cuando las circunstancias que son atributos de la persona y de la acción se relacionan como continente y contenido, pues así surgen el género y la especie. Surgen tópicos extrínsecos si se relacionan como distintos, pues así surge el contrario; o como el fin y objetivo, pues así surge el resultado; y también como lo mayor, lo menor y lo igual. Todos ellos constituyen tópicos, como en la dialéctica, pues de ellos se toman argumentos. Boecio no da ejemplos de tópicos intermedios, pero da a entender que surgen a semejanza de los intrínsecos y extrínsecos.

Tópicos extrínsecos surgen también de las consecuencias o cosas que se siguen de la acción, que son sus atributos. Ellas no están en la substancia de la cosa ni se derivan de ella por comparación, sino que la preceden o la siguen. Y constituyen tópicos extrínsecos, pues aluden a aspectos adventicios de la cosa. Por eso es extrínseco aquel tópico según el cual se pregunta cuál es el nombre de la cosa o hecho. Y lo mismo los tópicos que surgen de las preguntas ulteriores; en efecto, después se pregunta quiénes fueron los autores y los émulo; después, cuál es la ley, costumbre, acuerdo, juicio, opinión y teoría que apoya al hecho de la cosa. Después de preguntar si la cosa ocurre en la muchedumbre, o contrariamente a la costumbre y rara vez; y si los hombres la apoyan con su autoridad. Dado que éstos son tópicos extrínsecos, apelan más a la opinión que a la naturaleza profunda e intrínseca de las cosas. Boecio resume los atributos de las acciones, de los que pueden surgir tópicos: ¹⁰ «Así, en estos cuatro pueden dividirse los atributos de las acciones: de modo que en parte estén conectados con la acción misma, y arriba se dijo que son los hechos; en parte están en la ejecución de la acción y, como lo hemos mostrado anteriormente, éstos no son hechos sino adherencias de los hechos; y en parte están asociados a la acción. En parte (como se ha dicho) se sitúan en la relación; y en parte se siguen de la acción ejecutada; y la creencia de estas cosas se toma de lo extrínseco».

De esta manera vemos cómo los tópicos son esquemas o matrices de donde se toman los argumentos, y surgen de esas circunstancias de las cosas y de la esencia de las cosas mismas.

La actualidad de la retórica para la filosofía

Chaim Perelman es un filósofo belga que ha constatado la importancia de la

¹⁰ *Ibid.*, 1215 a.

retórica para la filosofía y se ha dedicado —junto con su mujer, L. Olbrechts Tyteca— a estudiar y difundir este hecho.¹¹ Perelman se da cuenta de que la filosofía vive del diálogo, de la polémica. Pero casi nunca tenemos una situación ideal, cartesiana, en la que haya posibilidad de proceder deductivamente como quería Leibniz con su *calculus ratiocinator*; sino que tenemos que acudir a la persuasión del oponente, tratar de convencerlo de manera no deductiva, ya que no se aceptan las mismas premisas, los mismos principios.

Por tanto, lo que más se hace en filosofía es argumentar para inclinar la adhesión del auditorio a las tesis que uno sostiene. Y, como cada escuela filosófica, por ejemplo un filósofo analítico y un marxista, sostienen tesis tan opuestas y que no tienen una base común para ser discutida sin que se incurra en petición de principio, Perelman llega a decir que lo que en el fondo se hace en las polémicas filosóficas es utilizar la retórica; se la utiliza de diversas formas, en diferentes medidas, pero está ella omnipresente en las disputas interescolares dentro de la filosofía. Claro que dentro de una escuela se tienen principios y reglas comunes, hay manera de efectuar inferencias a partir de cosas aceptadas por todos los que se adscriben a esa corriente filosófica; pero, cuando se discute entre escuelas distintas, con puntos de partida inconmensurables, entonces —para que la discusión tenga sentido y no se convierta en un diálogo de sordos o en una lucha de sentimientos— hay que acudir a una «retórica filosófica», y buscar, como se hace en el juzgado y en la cámara, lo «razonable»¹².

El carácter lógico de la retórica y su importancia para la actualidad es expresado así por Perelman:¹³ «Nuestro análisis se refiere a las pruebas que Aristóteles llama dialécticas, las mismas que examina en los *Tópicos* y cuyo empleo muestra en la *Retórica*. Esta evocación de la terminología de Aristóteles justificaría el acercamiento de la teoría de la argumentación con la dialéctica, concebida por el mismo Aristóteles como el arte de razonar partiendo de opiniones generalmente aceptadas (*eulogos*). Pero son varias las razones que nos han hecho preferir el acercamiento con la retórica. [La primera es el sentido hegeliano y ya no aristotélico que se da a "dialéctica"]. Pero es otra razón aún más importante para nosotros la que ha determinado nuestra elección: es el mismo espíritu con el que la antigüedad se ocupó de la dialéctica y de la retórica. El razonamiento dialéctico se considera como paralelo al razonamiento analítico, pero se trata de lo verosímil en lugar de tratarse de las proposiciones necesarias. No se aprovecha la idea de que la dialéctica se ocupa de las opiniones, es decir, de las tesis a las cuales cada persona se adhiere con una intensidad variable. Se dirá que el estatuto de lo opinable es impersonal y que las opiniones no guardan relación con los espíritus que se adhieren a ellas. Por el contrario, esta idea de adhesión y de

¹¹ Ver Ch. PERELMAN y L. OLBRECHTS-TYTECA: *La nouvelle rhétorique. Traité de l'argumentation*, París: PUF, 1958.

¹² Ver Ch. PERELMAN, «Rhétorique et philosophie», en el mismo, *Le champ de l'argumentation*, Bruxelles: Presses Universitaires, 1970, pp. 226-227.

¹³ Ver Ch. PERELMAN - L. OLBRECHTS-TYTECA, «La nueva retórica», en VARIOS, *Retórica y lógica*, México: UNAM, 1987 (2a. ed.), pp. 415-416.

espíritus a los cuales se dirige un discurso, es esencial en todas las teorías antiguas de la retórica. Nuestra aproximación hacia esta última es para destacar el hecho siguiente: *toda argumentación se desarrolla en función de un auditorio*. Dentro de este marco, el estudio de lo opinable, en los *Tópicos*, podrá encontrar su lugar».

Por otra parte, Henry W. Johnstone, Jr., considera que siempre en filosofía se comete una suerte de *petición de principio*, porque el filósofo sólo puede basarse en los principios, premisas y tesis que él cree, y, son tan básicos, que no los comparte su interlocutor de otra escuela filosófica¹⁴. Además, son tesis tan básicas, que ellas mismas encierran su principio de verificación, como sucede frecuentemente en metafísica. Debido a ello, si no se quiere caer en numerosas circularidades innecesarias y farragosas discusiones inútiles, conviene reconocer la presencia de la retórica en el diálogo filosófico¹⁵. Es decir, hay que reconocer que la retórica, como instrumento y medio de argumentación, está prácticamente omnipresente en nuestras polémicas entre diversas escuelas de filosofía.

(Septiembre, 1990)

¹⁴ Ver H. W. JOHNSTONE, «Philosophy and *Argument ad hominem*», en *Journal of Philosophy and Argument*, Pennsylvania: State University Press, 1959.

¹⁵ JOHNSTONE, *Validity and Rhetoric in Philosophical Argument. An Outlook in Transition*, University Park, Pa.: The Dialog Press of Man and World, 1978.